

Tomando vuelo

■ Guillermo Samperio

Por lo regular me gusta vivir los momentos como no se van presentando. Esto lo hago, es de fijarse, cuando no me acuerdo del otro lado, cuando ando semi-somnoliento-ensimismado. El otro lado es este mismo lado, el de la *logiké*: lo inexorable. A manera de ilustración, cito la palabra *entreabrir*, que no sólo se diferencia de la palabra *abrir*, sino que nos pone en una suerte de aislamiento. Hay cantidades inagotables de personas que dejan entreabierto *algo*. No tiene que ser forzosamente una puerta o una ventana; incluso pueden ser objetos no materiales. Es imponente estar en el borde de lo entreabierto; se produce en un mismo acto la participación y la ausencia.

Camino por la consabida calle. De manera insólita, deja de llover. El sol, como es hábito de este astro, se saca los reflejos de la manga, buen mago cósmico. Tiene por tarea precisamente esa labor: se dedica a meter la mano en su sombrero para dejar flores en los ojos de todos. No sólo descubro este bazar terrenal; también me doy cuenta de que en el asfalto está estacionado un camión de leche, de los pintados con burbujas blancas. Delante de la vaca mecánica está su dueño, parado frente a una cámara fotográfica soportada por un bipié humano. De seguro es un sobrino que está obstinado desde hace meses (consejos del padre) en manejar uno de los camiones del tío. Aquí no interesa esa descripción burda del vendeleche y su parentela. Lo que atrae es el hecho completo, lo que se conjuga en ese espacio calle cielo y en ese tiempo día tarde; esa infinidad de partículas reunidas en un pedazo de calle con tarde. Sobre todo el prestidigitador y aquel señor de bigotito que se dejaba fotografiar junto a sus propiedades, en la cuadra anterior donde un sendero me ha conducido a la puerta del camino que sigo ahora. Sí, ahora que ya me encuentro fastidiado del lado de acá de los objetos; sediento de imaginar el otro lado de esta gente y de los edificios

inmutables. Codicioso de la joven que acaba de colocarse a unos pasos de mí, la mujercita esa que parece puesta para este relato. Sólo me ha bastado este instante para penetrar en su futuro cuerpo imaginado, en sus seguros movimientos al bailar; un paso adelante, trás turrum, un saltito para atrás, turrum trás. Cuando platica con sus amigos, aunque sea retraída y poco-a-mi-gue-ra. Ella ha de tener, de modo obligado, una rutina como nosotros tenemos el Metro en las mañanas. En un caso extremo, de cansancio por ejemplo, si ya no quisiera seguir describiéndola, estos serían actos infructuosos: ella camina inminentemente. Es una criatura autónoma que se ha salido dando brincos de la máquina de escribir; se ha escapado por artificios desconocidos, desatándose la cinta negra y roja de las piernas. En ese caso me someto, la sigo pulgada a pulgada; la imaginaré aquí, en donde se encuentre. De seguro yo no estaré, pero con la certidumbre de que será rastreada a la distancia que mandan los cánones literarios, que desde luego son variables: puedo estar metido en la recámara con todo y mi maquinita, detrás del ropero, para que ella piense, molesta, que ese ruido como de teclado que percibía en la calle lo sigue escuchando hasta en la cama. Ahora, la dama ya se me adelantó algunas páginas. La vigilaré desde fuera de la hoja.

Podré ver cómo se desviste con la frescura que la distingue, le molestará un poco el sonido de las teclas; no le ha de interesar porque se quita la falda y la blusa sin inmutarse. Todo pasa ausente de tropiezos porque la puedo mirar aún encerrado entre los vestidos. Si quisiera sacar la ropa que piensa ponerse después del baño, no habría problema alguno, pues presuroso escribiría que me desaparezco o, en el caso de que no me diera la gana salir, quién sabe que pasaría. La primera posibilidad sería que al descubrir al sujeto pegara el grito en el infierno, rugido que suelen dar las mujeres como ella, si es que en realidad fuera así. La madre sube primero,

creyendo que la niña tiene otro de sus mareos monótonos. Pero al aullido de la mamá, el esposo y los orangutanes de los hermanos ya no pensarían tal cosa; alerta y en guardia, irían subiendo uno por uno, según el temperamento, para agredirme en medio de una algarabía de gruñidos y babas. Si me queda alguna de las respiraciones de repuesto, han de entregarme a las autoridades correspondientes. Los cargos son: allanamiento de morada y azul; daños en propiedad ajena y autógena; por último, reproches de mi esposa. Hospitalización: dos meses y ruptura del cuento.

Ella me descubriría de reojo. Toma sus ropas íntimas, me deja ver el color de ellas. Baja al baño de abajo a la caza de un regaderazo; después del aseo tomará su cotidiana cena, su aparente desganada cena de todas las noches. Su madre le notaría algo, como es obsesión de ella *notarle algo* a sus familiares; le diría, con una cáscara de frijol en un diente, que esas ropas no te las había visto desde que fuiste de vacaciones con tus amiguitas las raras, ¿te acuerdas? Ella sacaría uno de sus tan conocidos ademanes, para responder a los incisivos comentarios de la mamá. Mientras, escribo apresuradamente estas cosas pensando en qué sucederá cuando ella suba, teniendo el recelo de que regrese resuelta a proponerme algún chantaje. No puedo pensar en otra alternativa. Parece inminente algo así. Si no, ¿por qué ha procedido de esa manera? Con franqueza, no entiendo qué podría pasar; ella le dará solución cuando entre por esa puerta. Sólo esa criatura independizada de todo, hasta del mismo escritor, puede resolver con sus acciones la incógnita. Yo no puedo hacer nada mientras ella no termine la cena. Quizá tenga el cinismo de enfrascarse en uno de los libros que anda leyendo hace días, Ginsberg o alguno de ellos, para tenerme desesperado en este closet, pegado a los símbolos alfabéticos. Eso ocurriría desde mi faro de vigilancia, desde el de ella. Puede ser que esté haciendo tiempo para que sus padres se acuesten en su lecho de recién casados de hace años; que los astronautas de sus hermanos vayan a masturbarse con las fotos del Play-Boy. Pero en lo que sí debemos estar de acuerdo es en que ella asciende las escaleras, por fin; ahora se oye muy claro el chancleteo en el pasillo que viene del baño de arriba. Ha entrado. Hasta el momento, no sucede nada. Lo extraordinario está pasando desde que me encuentro en esta alcoba. ¡Es insólito que se deje sentir mi presencia en este cuarto de nuestra "ella"! Las puertas del guardarropa, como es obvio, están recorridas de tal modo que observo lo que sucede aquí dentro. No la noto nada sorprendida por la situación de esta magnitud que mi cuerpo representa. Quizá ya entendió lo que yo significo en su





monotonía rebelde; entonces, que me largue por donde entré. Con mi sola presencia le basta para saber que no todo es despertador al cuarto para las siete y huevos tibios a la carrera. Aquí resultaría fácil que al ser de noche y estar la familia metida en su pedazo de oscuridad, nosotros, pras, a la cama, a las manos. A los cuerpos. Pero nada; hemos estado platicando de sus toneladas de problemas que deseaba comunicar a quien fuera. No es una mujer "distinta, digamos, algo excepcional". Tiene lagunas filosóficas, no entiende la significación del tan mencionado "hombre genérico de Feuerbach". Yo por mi parte, no he podido decirle gran cosa de ese hombre; le he dicho que es alguien sin características distintivas, más o menos como un individuo que no tiene apellido y mucho menos nombre. Me dice que participó en la juventud de algún partido comunista pero que ahora, con la lectura de algunos epígonos, se dedica al estudio profundo de los fundamentos filosóficos; los cuales, dice, eran el *quid* de la problemática. Estuvimos platicando hasta el amanecer. Dijo que deseaba dormir una hora por lo menos. Bajé las escaleras sigilosamente. Mi cara se dio un tope con la mañana al irme a otro lado con mi máquina.

Ella se percata de que me encuentro en el armario, se asusta tantito. Me ha enseñado una cara de muina, como molesta de mi estúpida posición: en cuclillas y con la máquina de escribir sobre los muslos. Nos acompaña música de Jethro Tull: *Wind-up (Tomando Vuelo)* y *Aqualung*. El primer impulso que le surge es el de ir corriendo hacia el excusado con inmensas ganas de vomitar; esto le sobreviene cuando se le aparece alguien. Por lo regular son escritores los que la abruman. Esta vez no lo hizo, se repuso de los mareos y el asco untándose una crema violeta. Abrió las puertas del mueble. Me sentí desnudo: a decir verdad, ridículo. Pero ella me dio fuerzas, alas para levantarme, al decirme que saliera y me sentara en esa silla.

Me dice que seguido se le aparecen cuando tiene mucho quehacer. Discutimos sobre algunos escritores (ella conoce muchos); ha traído algo de cenar; en la cocina, la señora de la casa le ha dicho que hacía días que andaba sin apetito y que le daba gusto que se llevara casi dos raciones de recalentado. Le dijo, por último, que la felicitaba por el hecho de que ya no imitara, como cualquier ventrílocuo, las voces de los hombres. Martha se ha reído un poco pensando que la señora es buena gente, que no podría ser de otra manera. Le pregunto por qué vive en una pensión. Me contesta que a este respecto ya la han inquirido infinidad de veces, pero que no se opondría a responderme; ya sabía al dedal su historia. Me dice que, quizás, ninguna muchacha se

conocía a sí misma como ella. Por cierto, su historia es un tanto común. No sólo por los espectros; pero ahora que me conocía, que me empezaba a coagular en una de las etapas de su joven vida, todo daba un giro tremendo; yo revoloteaba, mi vida se ponía en estado de excepción: Martha es atacada por guerrillas zigzagueantes. Ella me ha dicho que se apellida Covarrubias y que su padre, nada menos es el mismito que el mío. Llegan fósiles recuerdos: estegosaurios, plesiosaurios e iguanodontes. Un trilohites se arrastra con dificultad; intenta alcanzar a sus compañeros, ayudándose con sus crustáceas patas. Primero creíamos en una coincidencia como cualquiera, pero a medida que su voz trituraba las frases yo, sácale, relacionaba: íbamos construyendo una biografía en que los dos estábamos inmersos. El animalejo muere de roca; sus amigos se han ido al devónico. Luego de saber que nos unía idéntico pene, nos hemos dicho, medio guajes, que al fin y al cabo no interesa; ambos hemos llevado calles paralelamente diferentes. Pero que en esta noche nos encontrábamos en el infinito, pues ahí es donde se juntan las paralelas.

El ambiente se transforma en algo erizado, pavosreales de nuestras vidas, nos miramos más allá de la cara. Las plumas arcoiris a nuestra espalda abanicán música de rock. Hemos quedado de acuerdo en poner opacidad a lo que se ha develado: señalar con espinas el contorno para no agrandar la situación. Que ella para mí era Martha, y nada diferente, aunque la disparidad gritara su aquí estoy. También le he dicho que kaput, que en realidad me importa un orégano tener una mediahermana que me conozca. La distancia que nos separa la hemos cubierto de alfombras de variadas palabras; un camino sinuoso de letras; después hemos elaborado una cama con frases de doble sentido, me ha pronunciado ideas tergiversadas. Yo la inundo de equívocos. Para incomprendernos: instaurar la pared de lo ilegible en este cuarto. Sabíamos que hacer el amor estaba sostenido en sofismas irrefutables. Pensar que la moral es un cachivache cuasimodo que las tías usan para disimular la menopausia. Aceptamos los alambres de púas como guardianes de la moralidad: pero qué interesa, ya estamos del otro lado, sangrando. Edificamos un erotismo distinto que nos atraía como la mentira al cínico. Intuimos que al hacerlo gozábamos extrañamente; el coito, bajo esas condiciones, era como encontrar en la calle un billete premiado de lotería pero con los azules listos para encarcelarte por el robo del huerfanito; nos conformamos con observarlo como si fuera oro hueco. Así como estrujamos el pedazo de papel, nos exprimimos Martha y yo entre las sábanas, emocionados, con miedo, agitación contenida y mordidas hasta la sangre. Wind-up.

